

UN LUGAR DE VIDA: CALLE DOS DE MAYO

A veces visitamos a unos amigos en la calle del Dos de mayo, calle del barrio del Cristo, bisagra entre Quart y Aldaia. Estos amigos son Antonio, Sisa, Fina y Eutiquio. Ellos son sacerdotes, uno diocesano, el otro es operario diocesano, ellas, Fina y Sisa son dos mujeres célibes, por el Reino descubierto en el barrio del Cristo. Nos conocemos hace casi treinta años y a lo largo de este tiempo la relación ha sido variada y desde diferentes lugares, sociales, políticos, religiosos y últimamente los últimos veinte años se concentra en un ejercicio de amistad libre y resuelta entre idas y venidas a su casa o de ellos a la nuestra (menos de lo deseado por nuestra parte).

No son estos los mejores momentos en lo cotidiano de los habitantes de esa casa, no es el momento de plenitud en la salud, ni de proyectar su mirada más allá de un horario definido por medicinas y recogido principalmente por recuerdos y deseos de un mundo donde quepamos todos. En el tránsito por el último año, Antonio, Fina, Sisa y Eutiquio, han recorrido caminos de dolor físico, de angustias en las vísceras y de infecciones que entre la sangre y los ánimos han creado un circuito cotidiano de ida y vuelta sin solución de continuidad entre la noche y el día.

Los años que los acompañan, pasean entre los sesenta y los ochenta y este momento provoca gestos hasta la fecha no experimentados y aunque conocidos y palpados cuando uno vive su vida pendiente del vecino, resulta difícil encajar “tan pronto”, verse en la misma fotografía donde has visto a otros. Han sido y son tiempos de médicos, hospitales e interrogantes. La conversación se resuelve entre lo que dijo ayer el médico y la inconsistencia en la voluntad del enfermo o la enferma. Y el vocabulario parece un vademécum con las hojas en blanco.

Con todo ello me pregunto ¿qué me hace volver? cada uno de los días que paso por allí (la verdad, menos de los que lo pienso y deseo), solo hay un motivo la amistad y no la que les tengo a ellos, que se la tengo, sino la que me regalan desde que por la puerta anuncio la llegada con un lugar común ¿se puede? Una amistad incondicional, firme, dulce y austera. Sin “mermeladas”, sin rigideces, sin peros y sin sobresaltos de desmesura. Quiero creer que ellos disfrutaban de nuestra presencia y compañía, lo puedo palpar, por ello no dudo en volver a sus miradas. Pero sé que todos los que se pasean por esa casa desde la amistad, experimentan el mismo regusto entrañable.

Desde su experiencia y desde su mirada, aparecen como Bienaventuranzas de carne y rostro concreto. Un sermón del monte dibujado de pequeños gestos donde la palabra felices y la conciencia de felicidad, ocupa cada frase y tiene su sitio entre la esperanza y los sueños, entre la confianza y la paciencia entre el origen y los futuros. En sus palabras y silencios, en sus miradas y sus propuestas, los que lloran, los que sufren, los que son perseguidos, los que pasan hambre y los encarcelados, los que sufren las rejas en el alma, se descubren como imprescindible sal de la tierra, luz para el mundo, lugar y condición urgente para que los días existan. Desde ellos ya no necesitamos teologías que nos expliquen Bienaventuranzas. De su casa, de la calle Dos de Mayo salimos siempre urgidos a amar con voz de escucha y ternura de cercanía.

Decía iniciando este escrito que el momento no era el mejor, así, los dolores que acompañan este tiempo, la acogida, la sonrisa, la ternura y el “ve y haz tú lo mismo” se tornan gestos naturales, ordinarios, sin prisas ni aspavientos. En Sisa y en Fina en Antonio y Eutiquio, la

escucha, la palabra, la confianza y la libertad los descubres compañeros de viaje. En los tiempos que corren en el Dos de Mayo podemos disfrutar de un evangelio vivo, sin metáforas induciendo belleza, donde las parábolas son carne viva y palpable y los caminos sin trillar aparecen en el pasillo de casa con forma de amigos y compañeros, como samaritanos de la historia que eligieron pasar por donde pasaron y que eligieron permanecer creando posibilidades para los que se atreven a viajar los caminos no trillados del Reino.

Gracias hermanos.

Sin terminar lo anterior me anuncian que Fina ha muerto.

No me ha dado tiempo a terminar mi carta de amor, a la experiencia de amistad que con vosotros hemos vivido. A lo largo de los últimos años hemos procurado que no pasara inadvertido nuestro amor por vosotros. Pero ésta, la que queríamos enviaros en los momentos de los dolores, no la hemos podido terminar. En la carta aparecen los gestos de los cuatro que habéis dado desde esa comunidad y durante largos años, vida a la fe de tantos y tantos, no solo del barrio del Cristo también de otros muchos lugares, a nosotros amigos de Adsís entre estos.

Hoy Fina ha salido de viaje, lo malo es que no ha comprado billete de vuelta, seguro que se buscará la vida, incluso donde no la hay. Será capaz de organizar un buen puchero hasta sin fuego y sin fogones y de preparar unas buenas sardinas en escabeche para el camino. Es fácil hablar de Fina y la cocina, de sus empeños y los condimentos para lograr un buen plato final. Todo acababa siendo la misma tarea. Hacerlo bien para que los otros puedan disfrutar. Sé del valor de su trabajo con las mujeres del barrio, del esfuerzo y voluntad diaria para que éstas recorrieran el camino superando escalones junto a un brazo donde apoyarse, el suyo, siempre dispuesto. Sé de aquellos, entonces niños, que cada tarde o mañana o mediodía encontraban una mano dispuesta y acogedora. Dispuesta para el pan y el chorizo y acogedora recreando espacios y posibilidades nuevas en los deseos de ángeles con cara de barro y corazón disuelto entre incertezas y miedos. Sé tam-

bién de tantos que encontraron techo, aun sin tener casa, que encontraron cama sin pensar en habitación, que encontraron mesa sin haber reservado plaza. Tantos que descubrieron vida cuando hacían camino junto a la parca. Pero lo cierto es que sé bien poco, casi nada que vaya más allá de su permanente acogida y disposición al servicio. La verdad, eso era fácil de ver. Con eso me quedo.

Gracias Fina por tu regalo de permanencia y fidelidad a Dios, un Dios hecho carne en tus vecinos no vencidos y en los vencidos no vecinos. Gracias porque contigo también aprendimos que más allá del pobre, del que sufre, del explotado, del que acumula injusticias, más allá, sólo queda volver y hacer compañía.

Tan aprisa ocupó protagonismo Antonio que sin tiempo se han quedado los días para reconocer gestos desde la nueva ternura y los silencios desaprendidos, que en nuestro diálogo último (la semana antes de morir Fina) Antonio nos descubría. Se apuntaba a la ternura, al diálogo de la plenitud con el vecino, donde el tiempo, el sol o la lluvia, el fútbol y sus acontecimientos, superaban el interés posible por las teologías que ocuparon los años y que día a día fue plantando en las manos abiertas de aquellos que quisieron recorrer caminos nuevos de la historia. Nos abrió espacios para un Cristo de liberación real, cercano y posible, alejado de imaginados altares y soledades de templos empezando a vaciarse ya en aquellos años. Anunciaba verbos nuevos en tiempos nuevos.

Posibilitó cristología para los que no sabíamos teología, para aquellos que teníamos el peligro de quedarnos en un Cristo viejo, perdido y humillado e incapaces de reconocer la vida y su triunfo desde los infiernos, del Cristo que bajando a lo más hondo de las miserias humanas nos recuperó para la humanidad. Anunció a Cristo entre parturientas, madres primerizas, entre "madres" que suplieron la toga por la pancarta, entre mujeres que hicieron de su compromiso espacio de futuro, entre versos a punto de nacer. Respondió a la realidad con la llamada del desconcierto, pintor, teólogo, élite de la intelectualidad, modeló los barrotes de las calles sin firmeza, entre los adobes de las prisas, relacionando silencio y cotidianidad, palabra y

eternidad. En la frontera de dos tiempos, en la periferia de dos pueblos. En un barrio invisible.

Su penúltima noticia, un libro tratando de recuperar la comunidad como afirmación, desde los interrogantes de este tiempo. No resultaba fácil de acoger, quizá no tanto por el libro, quizá más por los tiempos que todo lo convierten en complejo. Se apuntó a mirar al preso desde la cercanía, rozaba las cárceles más complejas, “soy un impresentable... en serio” apuntaba, donde a continuación lo borraba con su descubrimiento del valor de la trascendencia de lo cotidiano, “he aprendido el valor de preguntarle a la gente ¿Cómo estás?, ¿Qué tal el día?” Esas preguntas que nunca esperan respuesta son las que en la última hora él aprendió a llenar de valor y a ocupar con su tiempo.

Gracias Antonio por tu mirada de largo recorrido, por tus despistes, ya leyendas urbanas, por tus propuestas para el cine, por tus besos de acogida y la ternura de las últimas miradas.

Miguelo y Lola

Miguelo y Lola son dos buenos amigos de la Comunidad de Adsis. Dos verdaderas columnas, pilares donde se sustenta la fe de sus hermanos, padres de dos encantadores muchachos (aunque a ellos, a veces, los saquen de quicio): Miquel y Andreu. Después de tantas cosas buenas que dicen de nosotros, de Antonio, de Fina... no sé qué decir. Ellos citan un pasaje evangélico: “Vete y haz tú lo mismo”, dicho por Jesús en la parábola del buen samaritano, cuando pregunta al maestro de la ley: “¿Quién de estos tres actuó con misericordia?”.

Jesús da por supuesto que tanto el sacerdote como el levita tuvieron sentimientos de lástima, pena, dolor... respecto al herido. Pero no bastaba. Era necesario un paso más. Me ocurre lo mismo con la muerte de Fina y Antonio: he oído de todo; he recibido e-mails de todo tipo; he leído cartas, artículos, comentarios extraordinarios sobre ellos y la labor realizada; he visto mucha idealización y, ¿por qué no?, admiración hacia ellos y sus personas; he palpado cómo mucha gente lloraba, y lo hacía de verdad, y no soy quien para juzgar lo que estas muertes hayan podido significar en estas vidas... Es cierto que han sido dos vidas entregadas,

derramadas, que hicieron del servicio la norma de vida, que vivieron bien y murieron rodeados de amigos y amigas. Y podría seguir.

Pero lo más importante en ambos fue su pasión por Jesús y los pobres, esa doble fidelidad de la que tantas veces se habla en la HOAC. Y esto, vivido comunitariamente. La comunidad fue su otra pasión. Incluso cuando las cosas no iban lo mejor posible, cuando chocaban nuestras fragilidades, siempre tuvieron en los labios: “No sabría vivir de otra manera”. Poco antes de morir, Fina, que no se encontraba ya nada bien, dijo: “Toma un papel y un boli y escribe cuatro puntos para una reunión de los cuatro: 1º.- Estamos aquí por una llamada de Jesús a la que queremos responder comunitariamente. Hemos de revisar cómo es nuestro seguimiento a Jesús y cómo vivimos la comunión. 2º.- Hemos de revisar nuestros gastos y nuestras aportaciones...” Y ya no se acordaba de los otros dos puntos a revisar, pero con los dos que señaló había para toda la vida.

Yo creo en la Resurrección, en ésa que se va haciendo cada día con nuestro modo de vivir, de servir, de crecer, de recrear el universo... No sé si hay algo o no más allá de esta vida, pero quiero vivir resucitadamente desde aquí y disfrutándolo en el cada día. Me siento querido por Dios y esto me da nuevos bríos. He descubierto eso que dice S. Juan en la 1ª carta: “Si tu conciencia te condena, Dios es mayor que tu conciencia”. Sé que es fácil idealizar, admirar, valorar o sobrevalorar a alguna persona (en este caso, Fina y Antonio), pero es mucho más eficaz y cristiano, algo que da sentido a sus muertes, intentar vivir como ellos vivieron, no imitarlos, sino interiorizar, con-figurarnos (darnos figura) con su estilo de vida, con-formarnos (darnos forma) con las actitudes de servicio y comunión que a ellos les distinguían. Así sus muertes no habrán sido en vano y esta aventura que comenzó hace 41 años no quedará baldía y nosotros empezaremos a disfrutar de nuestra propia resurrección anticipadamente. Por eso os invito, en recuerdo de Fina y Antonio, a apasionaros por Jesús, por los pobres y vivir esta pasión comunitariamente.

Eutiquio